

## CAPÍTULO XX

CHINA.—XXI DINASTIA.—LOS MINGS, 1368-1644,

Dejamos á la China bajo la dominacion de los mongoles (Lib. XII, cap. 14), pero Chu-yuan-chang abandonando el arado y cansado de los humildes oficios que le imponian los bonzos, se coaligó con los que detestaban la dominacion extranjera. Su mérito le condujo en los más altos puestos, concluyendo por sentarlo en el trono, tomando el nombre de Ung-wu y el título de Ming-tsai-tsu, ó bisabuelo de Ming. La fortuna consolidó la dinastia de los Mings, y las alabanzas indispensables de los historiadores chinos ensalzan á este príncipe, no solamente por haber librado á su patria del yugo extranjero, y obtenido por su valor personal, el alto rango que otros adquieren por la casualidad del nacimiento, sino tambien por haber sido, segun dicen, un modelo de virtudes, tanto en su vida pública, cuanto en la privada.

Así que entró en el pueblo de su nacimiento, se dirigió al sepulcro de sus padres, y prosternándose hasta tocar al suelo, dijo á sus oficiales: «En la pobreza en que nací, nunca ambicioné otra fortuna que la que disfrutó mi padre. Cuando entré en la milicia, no procuré más que cumplir con mi deber; ¿cómo podría imaginar que habia de ser yo quien diese la paz al imperio? Después de diez años vuelvo glorioso á mi patria, cerca de la tumba de mis antepasados, y encuentro á los ancianos que he dejado en ella. Cuando entré en el servicio militar, ví á los más valientes y estimados oficiales dejar que sus dependientes arrebatasen á las mujeres, los niños y los bienes del pueblo. Indignado por tales latrocinios, y compadeciendo á los desgraciados, levanté la voz contra los que toleraban aquellos excesos, pero no siendo escuchado, tomé el partido de aislarme. Me circunscribí á los oficiales que dependian de mí, recomendándoles no consistiesen semejantes desafueros, y que

libertasen al pueblo, con el objeto de que conociesen que habíamos tomado las armas para dulcificar sus males, y darle una paz sólida. El cielo me aprobó, puesto que de la posicion más humilde, me ha puesto á vuestra cabeza.» Por último, sometió tambien á Pekin, á donde trasladó su corte, y á donde acudieron tambien los embajadores de los cuarenta reinos extranjeros, llevando consigo diferentes objetos raros, entre otros un leon, el primero que se habia visto en la China. Acudieron tambien del Japon, de Corea, de Formosa, de las Filipinas y de otras islas meridionales. Para borrar hasta el recuerdo de la dominacion extranjera, restableció el ceremonial, tal como existia antes de los mongoles, y precisó á cada uno á vestirse á la china. Hizo escribir la vida de los personajes que se habian señalado desde los tiempos más remotos, poniendo tambien sus retratos. Renovó tambien la ceremonia de labrar la tierra, como tambien el sacrificio al espíritu de las moreras, con objeto de obtener la prosperidad del gusano de la seda.

Cuando aun no era más que el más terrible competidor de los mongoles, fijó su residencia en Nankin, que adornó con palacios y templos. Después de haber ofrecido el sacrificio al solsticio de verano, condujo á su hijo á campo raso y le dijo: «Ves estos campos, observa con qué ardor trabajan estos labradores esparcidos por todas partes. Confian en este momento á la tierra la simiente destinada á producir frutos en otra estacion. Para alimentarnos trabajan estas pobres gentes; por nosotros se fatigan y sudan; felices aun si después de debilitados por el trabajo, les queda algun escaso alimento para reparar sus fuerzas. Nuestros abuelos pertenecian á esta clase; yo los he visto bañar la tierra con sus sudores. Yo tambien seria lo que ellos fueron si hubiera tenido bastante fuerza para

el trabajo; Dios lo ha querido de otro modo: no debemos olvidar sin embargo la humildad de que hemos salido para ser elevados al colmo de los honores. Si el cielo te coloca en el puesto que yo ocupo hoy, acuérdate siempre de estas mis palabras: te inspirarán sentimientos de compasion para con tus súbditos, te dispondrán á aliviarlos y te impedirán abandonarte á un loco orgullo.»

Mientras que sus generales perseguian los restos de los mongoles, Ung-wu se ocupaba en consolidar su dominacion por medio de instituciones bien entendidas, dictando para la paz del pais sabias ordenanzas, de las cuales citaremos algunas disposiciones: «Que el que ejerza una autoridad superior no estienda su jurisdiccion fuera de su territorio, ni se mezcle en los negocios públicos: que los eunucos no puedan obtener cargos civiles ni militares: que no se admita entre los bonzos á ningun hombre ni mujer que no haya cumplido cuarenta años: que los veinte y siete meses señalados para llevar luto por los parientes difuntos queden reducidos á veinte y siete dias.» Tambien hizo reunir todas las leyes antiguas y modernas, que formaban trescientos volúmenes, restableció las escuelas, restauró los sepulcros de los antiguos emperadores, y formó el mapa del imperio: mandó que se examinasen cuidadosamente los libros, que se colocasen dos ejemplares de cada obra en su biblioteca, y que se estableciese una en cada ciudad. Moderó las locas prodigalidades que hicieron odiosos á los mongoles, destruyó sus suntuosos palacios, y mandó reemplazar con figuras de cobre las estatuas de oro y plata, á fin de que ingresando en las cajas del Estado aquellos metales preciosos, pudiesen servir para atender á las necesidades públicas. En cuanto á las mujeres que se hallaban en el palacio cuando lo tomó, les permitió que se retirasen al lado de sus parientes ó donde gustasen. Habiéndosele presentado un mandarin vestido con un magnífico traje, le preguntó: *¿Cuánto te ha costado ese vestido?—Quinientas monedas,* le contestó: *—Con esta suma, repuso el emperador, tiene para vivir cómodamente un año una familia de diez personas. Tanto lujo denota entre vosotros la prodigalidad y el orgullo, porque es superior á vuestra clase. Cuida de no volver á presentarte delante de mí con tanta magnificencia, porque haré un escarmiento con vos.*

Orgullosos los letrados con la proteccion que les concedia, no cesaban de darle consejos, y de presentarle todos los días nuevos proyectos. A todos los oía, pero después no hacia más que lo que consideraba útil. Un día los reunió y les dijo: «Los antiguos escribian poco, pero bien, y siempre con la intencion de inspirar amor á la virtud y al deber, de hacer que se apreciase á los grandes hombres y de facilitar la observancia de las leyes y de las costumbres. En el día sucede todo lo contrario; los letrados escriben mucho y sobre objetos de ninguna utilidad real. Los antiguos escribian sencillamente, y sus escritos estaban al alcance de

la capacidad comun; su estilo era fácil y sus expresiones claras: decian muchas cosas en pocas palabras. El estilo de los modernos es difuso y afectado; las ideas están envueltas en frases ininteligibles, porque van buscando los términos más oscuros y ambiguos, de manera que pudiera decirse que escriben para que nadie los entienda. Vosotros que sois la flor de la literatura, esforzaos en hacer que renazca el buen gusto, lo cual conseguireis solo con imitar á los antiguos (1).

Añadiremos á esta leccion otra no menos oportuna. Un mandarin á quien preguntó un día si el pueblo estaba contento, le respondió: «Señor, estoy enteramente consagrado al estudio y metido entre mis libros, así es que me cuido poco de lo que pasa en el mundo. ¿Cómo, contestó el emperador, sois mandarin é ignorais las necesidades del pueblo y no podeis decir en qué estado se encuentra? Mientras que un letrado se halla estudiando debe proponerse por objeto único la instruccion, para ponerse en estado de instruir á los demás; pero una vez que ha obtenido grados, y que ha sido admitido entre los mandarines, debe leer en el gran libro de la sociedad civil, y no ignorar nada de lo que en ella pase, para poder servir segun las necesidades en los empleos que se le confian.» Repetia igualmente á los letrados que perdian su tiempo en obras frívolas ó en objetos de pura distraccion, y á los tao-sse que buscaban el brebaje de la inmortalidad: *Ocupaos en cosas útiles.*

Fueron un día sus cortesanos á ofrecerle matas de trigo con cuatro ó cinco espigas, diciéndole que el cielo daba señales de su favor por medio de tanta fecundidad, y recompensaba las virtudes del rey, á lo cual contestó Ung-wu: «No tengo bastante virtud para merecer que el cielo me recompense, ni bastante vanidad para creer que haga en mi favor cosas extraordinarias. Es raro que una mata de trigo lleve cuatro ó cinco espigas; pero es una cosa natural y no hay para que felicitarle por eso. Mereceria las felicitaciones si en virtud de mi buen gobierno hiciese vivir á todos mis súbditos en la abundancia y alegría sin que pudiesen faltar á ninguno de sus deberes. Haré todo lo que pueda por merecer semejantes felicitaciones. Me complazco, sin embargo, en que me hayais ofrecido estas espigas: en adelante quiero que se me informe de todo lo que suceda de extraordinario en el imperio, del bien ó del mal que de ello resulte, para regular mi conducta segun las circunstancias y aprovecharme de los consejos que se me den.»

Sus disposiciones pacíficas no le impidieron recurrir á las armas: pudo tambien someter el Tibet, el Liao-tong y muchas tribus mongolas, aun cuando el antiguo emperador, retirado á Karakorum, cuna de su raza, continuase inquietando la

(1) Para que no se diga que satirizo á mis contemporáneos, cito la fuente de donde he tomado estas noticias; AMIOT, *Retrato inédito de Ming-tsai-tsou.*

China. Tamerlan hacia tambien preparativos para vengar á los sucesores desposeidos de Gengis Kan; pero su muerte le impidió probar si su fortuna no se desmentiría contra un pueblo orgulloso con su reciente emancipacion. Después de haber tenido la gloria Ung-wu de librar á su pais del yugo extranjero en el curso de treinta y un años de reinado, restableció la paz en el interior, reanimó el comercio y dejó, segun dice Remusat (2), reputacion de uno de los más grandes príncipes que haya poseído la China, dotado de muchas buenas cualidades, sin ningun defecto esencial; estaba persuadido de que el pueblo marcha siempre guiado por su interés, y cuidaba asiduamente de que sus súbditos no careciesen nunca de lo necesario. Su conducta, á la vez por un juicio recto y por la bondad, le granjeó el amor de los chinos y de los extranjeros. Su clemencia era igual á su valor. Habiendo caído en sus manos Maitilipala, nieto del último emperador mongol, solicitaron los grandes, temiendo que se suscitaran alborotos, que fuese inmolado en la sala de los abuelos de la familia imperial, apoyando esta política bárbara en el ejemplo de Tai-sung, ilustre fundador de la dinastia de los Tang. Pero Ung-wu contestó: «Bien sé que este príncipe hizo morir á Uang-chi-chung en la sala de los abuelos, pero si hubiese tenido en su poder alguno de la familia de los Sui, desposeída por la suya, dudo que hubiese obrado del mismo modo. Que ingresen en el tesoro público para atender á las necesidades del Estado las riquezas venidas de la Tartaria. En cuanto al príncipe Maitilipala, sus padres han estado la cabeza del imperio por más de trescientos años, y los míos se han contado entre sus súbditos: y aun cuando el uso constante autorizase tratar así á los vástagos de una dinastia que se estingue, yo no podría decidirme á hacerlo.» Ordenó, pues, que le hiciesen dejar el traje de tártaro para tomar el vestido chino; lo declaró príncipe de tercer orden y le asignó un acompañamiento y un sueldo conveniente, con un palacio para él y sus mujeres. Poco tiempo después lo dejó marchar á Tartaria, recomendando á las personas encargadas de conducirlo que preservasen de todo accidente al que debia continuar la dinastia mongola.

Kien-ven-ti, su hijo, demostró que habia aprovechado las lecciones paternas, ocupándose en aliviar al pueblo, pero á los cuatro años de su reinado fué destronado por su tío (1403), que se apoderó del poder bajo el título de Ching-su, es decir, mejorador de la raza. En un principio pareció cruel, pero calmados sus temores con la sangre que derramó, dió pruebas de magnanimidad y de prudencia. Hizo quemar todos los libros de los tao-ssé que trataban del brebaje inmortal, favoreció los letrados, y habiéndose descubierto una mina de piedras preciosas, mandó cerrarla y dijo:

(2) *Nuevas mezclas asiáticas*, tom. II, pág. 4.

«No quiero fatigar al pueblo con un trabajo inútil, con tanta más razon cuanto que estas piedras por preciosas que parezcan, no podrian alimentar ni vestir al pueblo en tiempo de carestia.» Por la misma razon mandó llevar á la casa de moneda cinco campanas de bronce de ciento veinte libras cada una.

Reinó veintitres años, y sucediéndole sólo por algunos meses Yin-tsung (1426) que dejó el trono á su hijo Yuan-sung, el cual tenia la costumbre de disfrazarse y de mezclarse entre el pueblo á fin de conocer la verdad. Habiéndose incendiado el palacio imperial durante su reinado, se renovó la antigua fábula corintia de la fusion de los metales preciosos, que mezclados con otros habian producido uno de gran valor. Ing-tung, su sucesor, se proponia poner término á las continuas incursiones de los tártaros, pero fué derrotado y cayó entre sus manos. Libertado por su hermano King-ti, mediante un grueso rescate, le dejó el trono y abandonó la corte para hacer una vida tranquila; pero habiendo abdicado King-ti á causa de sus dolencias, volvió á empuñar el cetro Ing-tung conservándolo todavia seis años y perdonando á aquellos de quienes hubiera podido vengarse.

En tiempo de Hien-tsung, Hiao-tsung, Watsung, Schi-tsung y Mu-tsung (1464-1567), príncipes supersticiosos y crueles, la poblacion decreció de sesenta á cincuenta y tres millones, á consecuencia de enfermedades y de las correrias de los tártaros (1573). Ching-tsung, docto y amigo del saber, ordenó se imprimiese todos los años la lista de los mandarines, modelo de nuestros almanques reales, regularizó el curso de los grandes ríos, pero vió á sus súbditos perecer á millares de hambre y á los tártaros invadir el imperio. Habiendo Fung-ngan aprovechado aquella ocasion para prenderle y aconsejarle que separase ciertos ministros, le condenó á muerte; pero como se presentase el hijo de Fung-ngan, ofreciendo su cabeza en lugar de la de su padre, el emperador conmutó la pena.

**Los manchúes.**—Los tártaros orientales, llamados manchúes, principiaban á inspirar terror. Después de haberse hecho mutuamente la guerra sus siete hordas, se reunieron bajo un solo jefe y formaron un reino, pensando entonces en apoderarse de algunas ciudades. Tai-tsung, hijo de su rey, entró en la China proclamando contra ella siete agravios (1616). Habiendo invadido el Liao-tung y el Pe-chi-li, continuó avanzando y arrollándolo todo; titulóse emperador de la China, y los manchúes que la conquistaron más tarde, hacen remontar hasta él la serie de sus soberanos. Aunque fué rechazado, continuaron las hostilidades en los siguientes años, y los tártaros llegaron hasta amenazar á la capital.

Hi-tsung, nuevo emperador de la China (1621), hombre tímido, entregado á los eunucos, reunió los recursos de todo el reino para hacer frente á los tártaros, y se le aconsejó que llamase en su auxilio á

los portugueses de Macao, más hábiles que los chinos en hacer uso de la artilleria. Esta nacion que tanto deseaba conciliarse con los chinos, les permitió alistar en Macao cuatrocientos hombres entre naturales y europeos. Bien vestidos y bien armados, llegaron á Canton y fueron festejados por todo el pais, que los miraba con curiosidad, y les hacian ricos regalos. Pero los chinos de Canton, que les sirvieron de mediadores para sus operaciones mercantiles, temiendo que obtuviesen entablarlas directamente en recompensa de sus servicios, trataron por todos medios de alejarlos, y los mandarinés, ganados á precio de oro, disuadieron al emperador de que se confiara á los extranjeros, que fueron por último despedidos comandados de dones, recogiendo las pocas noticias que pudieron adquirir acerca de este pais hasta entonces inaccesible.

Entretanto, el rey tártaro iba avanzando favorecido por las poblaciones, y luego que se posesionó de la capital de Liao-tung, mandó que todos los chinos se afeitasen la cabeza como los tártaros, bajo pena de la vida, siendo así que antes ponían singular esmero en conservar su cabellera. Era tal el apego que tenian á sus costumbres, que muchos prefirieron la muerte: otros se resignaron, y entonces se introdujo ese género de adorno en la cabeza conocido de todo el mundo. Sitió en seguida á Pekin, pero no consiguió apoderarse de ella, y se persuadió de que no bastaba la fuerza para someter á la China, sino que se necesitaba además estar iniciado en aquella civilizacion particular. En su consecuencia envió á su hijo á que aprendiese en secreto la lengua, usos y ciencias de los chinos. Este príncipe, que le sucedió bajo el nombre de Tsung-te (1636), escitó la admiracion de los suyos, y se concilió el afecto de los mandarines y generales chinos. Habia estudiado el arte de ganarlos, al paso que Hoai-tsung, hermano y sucesor de Hi-tsung (1628), con su caracter sombrío y su avaricia, se enajenaba las almas y aumentaba el número de las deserciones.

Los tártaros se habian dividido en dos cuerpos (1641), mandado el uno por Chang-ien-chung, que penetró en las provincias occidentales, donde ejecutó las mayores crueldades; el otro dirigido por Li-tse-ching, invadió las provincias del Norte y destruyó á Hai-fung-fu, capital del Ho-nan, y prosiguió el curso de sus victorias, matando á los mandarines, pero absteniéndose de otender al pueblo, lo que le proporcionó gran número de prosélitos; tanto, que de jefes de bandas se hizo proclamar emperador. Habiendo puesto sitio á Pekin, se apoderó de la plaza al cabo de tres dias, obrando de acuerdo con varias personas que estaban dentro. Cuando el emperador Ming, ocupado esclusivamente en sus devociones, sin cuidarse de lo que pasaba, llegó á saber que la ciudad habia sido tomada, salió de su palacio á buscar una muerte generosa, pero viéndose solo y sin esperanza, se retiró al jardin y escribió con su sangre éstas palabras:

«Los mandarines han hecho traicion al emperador, por lo cual merecen la muerte, y será justo que la sufran. Que no se impongan castigos al pueblo porque no es culpable, y seria injusto hacerle daño. He perdido el reino que habia heredado, y en mí concluye la raza real que se habia prolongado en tantos reyes mis ascendientes. Cerraré, pues, los ojos por no ver á mi imperio destruido ó dominado por un tirano; me quitaré la vida para no tener que sufrir el deberla al más indigno de mis súbditos.» Después de esto se ahorcó, y lo mismo hicieron el primer ministro, las emperatrices y los eunucos más fieles.

Li-tse-ching se encarnizó con los cadáveres y con los vivos, pero U-san-kuei, general de los Ming que todavia se sostenia, prefiriendo el extranjero al usurpador (1644), invitó y proclamó emperador al rey tártaro Tsung-te, que fué y venció. La muerte le impidió gozar de su triunfo. Su hijo Chun-chi, de edad de seis años, hizo su entrada en Pekin, donde fué saludado por el pueblo como su libertador, exclamando: *¡Que viva diez mil años!* Así subió al trono la dinastia de los tártaros manchúes aun reinante.

El último emperador de los Ming habia favorecido el cristianismo, y muchos jesuitas que se hallaban presentes cuando sucedió la catástrofe de esta raza, nos han trazado aquel cuadro, añadiendo algunos detalles sobre la condicion de este imperio. La China se dividia entonces en quince provincias llamadas reinos, con cuatro mil cuatrocientas dos ciudades amuralladas, tanto del orden civil como del militar; algunas de ellas estaban situadas en rocas inaccesibles y obedecian á un príncipe independiente. Los caminos y canales de comunicacion comprendian desde Pekin hasta las estremidades del territorio, una estension de mil ciento cuarenta y cinco jornadas. Al fin de cada una su encontraba un hospicio en el cual se hospedaban los mandarines que viajaban para asuntos del servicio, y se les trataba con una suntuosidad proporcionada á su clase, á espensas del emperador. Se alojaban tambien otras personas á quienes concedia esta distincion el emperador, y los correos encontraban tambien caballos de relevo y todo lo que pudiesen necesitar para acelerar el viaje. Se contaban cincuenta y nueve millones, setecientos ochenta y ocho mil, trescientos sesenta y cuatro individuos varones, comprendiendo solamente los que cultivaban las tierras ó pagaban el impuesto al emperador; novecientos dos mil soldados guardaban la gran muralla, con trescientos ochenta y nueve mil caballos; setecientos sesenta y ocho mil estaban diseminados en tiempo de paz en el interior del pais, con quinientos cincuenta y cinco mil caballos, tanto para las tropas como para el servicio de las costas. Ingresaban en el tesoro todos los años 13.600.000 escudos de plata (6 más bien onzas de plata de 7 pesetas 50 céntimos), sin contar los derechos sobre todo lo que se compraba ó se vendia, ni el producto de muchos millones

que tenía impuestos el emperador á un interés muy crecido, ni tampoco la renta de las tierras, bosques y jardines reales y los millones procedentes de confiscaciones, que todo podía ascenden á una suma igual; además 1.823,962 escudos de renta asignados á la emperatriz, á todo lo cual se debe añadir cuarenta y tres millones, trescientos veinte y ocho mil, ochocientos treinta y cuatro sacos de arroz y de cebada que se llevaban á los almacenes de la corte; un millon trescientos quince mil ciento treinta y siete panes de sal de cincuenta libras cada uno; doscientas cincuenta y ocho libras de minio; noventa y cuatro mil setecientos treinta y siete de barniz; treinta y ocho mil quinientas cincuenta de frutas secas; y en los guardaropas imperiales, un millon seiscientos cincuenta y cinco mil cuatrocientas treinta y dos libras de seda de diferentes colores, y de diversos hilos; cuatrocientas setenta y seis mil, doscientas setenta piezas de tela de seda ligera para el verano; doscientas setenta y dos mil novecientas tres libras de seda cruda; trescientas noventa y seis mil cuatrocientas ochenta piezas de algodón tejido, cuatrocientas sesenta y cuatro mil doscientas diez y siete libras en rama; cincuenta y seis mil doscientas ochenta piezas de cáñamo; cuarenta y un mil cuatrocientas setenta sacos de habas, en lugar de avena, para las caballerizas imperiales; dos millones quinientos noventa y ocho mil quinientos ochenta y tres haces de paja, de á quince libras, cuyo número se aumentó considerablemente en tiempo de los príncipes tártaros por la gran cantidad de caballos que sostenían. Debería hacerse aquí también cuenta de los numerosos objetos que recibe la corte á título de renta, como bueyes, carneros, gansos, patos, gallinas, caza, ciervos, osos, liebres, jabalíes, pescados finos

y legumbres de todas clases; lo que hace que todos los días los alrededores del palacio parezcan un mercado.

Tomamos estos detalles del padre Gabriel Magalhan, que vivió veinte y nueve años en aquella corte y pasó ocho en recorrer el país; pero el padre Martin Martini (3) hace ascender á 150 millones la renta total del imperio, á diez millones, setecientos veinte y ocho mil, ochocientos ochenta y siete el número de familias, y á cincuenta y ocho millones, novecientos diez y siete mil, seiscientos ochenta y tres, el de los individuos varones de las clases indicadas, variando también en las demás rentas, tal vez por la diferencia de la época.

Si se habían adquirido, en tiempo de los primeros mongoles, nociones sobre bastante número de países, cuando las dinastías establecidas en Persia y en el Kapchak reconocían la soberanía de la que reinaba en China, bajo los Mings, cuya dominación no se extendía casi hacia el Occidente, la geografía hizo pocos progresos, en atención á que nunca es para los chinos el objeto de un estudio abstracto, sino un ramo de la administración. Esta dinastía no dejó por lo demás huellas duraderas, por carecer de vigorosas instituciones sociales, y de defensa contra ataques decididos, á los cuales es tal vez imposible á la China el resistir. En efecto, los diversos conquistadores de aquel imperio no pensaron nunca más que en tener al país sometido por fuerza, de donde resulta que la autoridad permanece en la superficie, sin poder sostenerse contra el embate de serios peligros, porque jamás se fundió con los gobiernos.

(3) *Atlas sinensis*. Amberes, 1654.

## CAPÍTULO XXI

### DINASTIA XXII.—LOS TAY-TSING.—MISIONES EN LA CHINA.

La lengua de los manchúes (1) indica su identidad con los tonguses del día, y su derivación de la antigua casa de los Yu-chin, dispersados por Gengis-Kan. No sobrevivieron de ellos tal vez en Asia más que tres ó cuatro millones al Norte y al Nordeste, en las vastas llanuras que se extienden entre Angora, el mar Glacial, el lago Baikal, y las posesiones de los yakutes en la Siberia oriental; al Sudeste, en las orillas del Amur y en la Manchuria, reunidas en el día al imperio chino. Lo poco que se encuentra en China, propiamente dicha, sin contar los manchúes ha abrazado el buddismo; los demás, entregados á la superstición, veneran los espíritus.

Diferentes hordas de la familia manchú, se constituyeron en nación, año de 1520, bajo Aysin-Giyoro, que habitaba en las cercanías de las montañas, situadas hacia el 43° paralelo y hacia el 147° de longitud. Habiéndose aumentado en el curso de un siglo por la reducción de varias tribus, sacudieron toda dependencia de los chinos, y proclamaron emperador á Tai-tsu: pasaron después por las victorias y derrotas que ya hemos referido; pero no se hubieran hecho probablemente dueños del imperio del medio, si las discordias intestinas no les hubiesen abierto la puerta.

El joven emperador Chun-si empleó un año en subyugar las provincias septentrionales, acercán-

dose siempre á la capital, sin ocuparse de las plazas fuertes que dejaba á sus espaldas. Ocupóse después en someter las provincias del Mediodía: después de haber puesto á la Corea bajo su obediencia, se hizo dueño de Nankin, é hizo degollar al último vástago de los Ming. No permitió el miedo á los chinos pensar en atrincherarse en sus impracticables montañas; sin embargo, algunos resistieron, otros se portaron como monstruos: Chan-hien-chong, por ejemplo, que cuando se cometía un crimen, hacia dar muerte á todos los que habitaban en la misma calle que el culpable. Diez mil letrados reunidos por sus órdenes fueron degollados, porque decía que escitaban al pueblo con sus sofismas. Al abandonar á Ching-tu-fu hizo llevar á campo raso y asesinar á sesenta mil habitantes. Conociendo que las mujeres embarazaban al ejército en sus movimientos, mandó á los soldados degollarlas, y dió el mismo el ejemplo en trescientas de las suyas. Se daba como partidario celoso del cristianismo, y proclamaba, que una vez conseguido el imperio construiría un templo magnífico á Dios, alabándose de haber inmolado veinte mil bonzos, porque uno de ellos había escitado la persecución de los cristianos. Los tártaros usaban también de un rigor atroz con respecto á los vencidos. En Kien-ning, pasaron por las armas á trescientas mil personas.

Las tropas al servicio del emperador están distribuidas en ocho banderas de diversos colores. Cuando varias de ellas tienen que ponerse en marcha, se hace resonar un cuerno, y se conoce por el lugar donde suena, y las diferentes modulaciones, cuáles son los jefes y los soldados llamados á marchar, y en qué número. Marchan sin saber á donde van, escépto el general, siendo el secreto el principal mérito de los tártaros, lo que no desconcertó poco á los chinos que los encontraban siempre

(1) El célebre sinólogo Schmidt leyó, en el mes de abril de 1841, á la Academia de Ciencias de San Petersburgo, una memoria para establecer que el nombre de los manchúes, desconocido á los historiadores chinos anteriores, se deriva de *Mandchous'ri*, nombre que designa en lengua tártara el principio de la sabiduría de Budda, y que se asignó á los tártaros después de su conversión al buddismo.